

MESA DE LA GENERACION DE LOS '60

Coordinadores : Hans Niemeyer F. & Lautaro Núñez A.
(Transcripción magnetofónica editada por H. Niemeyer)

Hans Niemeyer inició la reunión agradeciendo en nombre de los socios fundadores la medalla de plata con que los distinguió la Sociedad Chilena de Arqueología en esta solemne ocasión de cumplirse 30 años de su fundación. Como se recordará, ésta surgió en la asamblea plenaria del Congreso de Arqueología de San Pedro de Atacama, presidida por el R.P. Gustavo le Paige, en un voto conjunto de Hans Niemeyer y Lautaro Núñez. Como se acotó más adelante, esta idea no cayó del cielo, espontánea y repentinamente, sino que tiene antecedentes y otras instancias anteriores: trabajos arqueológicos en la década anterior, principalmente las actividades del Centro de Estudios Antropológicos; la reunión de Arica en 1961; y las sociedades provinciales que tuvieron existencia efímera, tales como la de La Serena, de Ovalle, de Talca y la Francisco Fonck de Viña del Mar, que con altos y bajos se ha mantenido en pie desde 1937, año de su creación.

Virgilio Schiappacasse se refirió además al papel que ha jugado la SChA en soslayar las ideologías individuales, proporcionando un medio para que los arqueólogos, casi todos autodidactas o provenientes de otros campos profesionales y del saber, pero con similares inquietudes, se reunieran y dialogaran en el quehacer científico. Y esta sería la causa del auge y permanencia en el tiempo de la institución.

Lautaro Núñez completó las ideas de Virgilio para destacar la importancia de la SChA como un elemento que favoreció el perfeccionamiento profesional en Chile cuando no había una escuela universitaria con la tradición de Arqueología, y que logra dar rigor a la disciplina. En efecto, los investigadores saben que a los congresos se presentan ponencias escritas que van a ser publicadas en Actas, lo que le da máximo rigor e interés donde aún no hay tradición en la enseñanza sistemática de la arqueología. Concuere que la SChA no nace espontáneamente sino enraizada en importantes sucesos previos. Recuerda que para él fue la reunión del Smithsonian Institution en Barranquillas (Perú) sobre seriación cerámica, cuatro años antes de la reunión de Arica 1961, para asistir a la cual se nombró a Gonzalo Figueroa como representante del Centro de Estudios Antropológicos en virtud de su mayor capacitación profesional del momento. A su vuelta, trae las inquietudes de las reuniones con arqueólogos andinos, de los coloquios peruanos. Así surge la reunión del '61 en Arica donde se conocen o ven por primera vez muchos de los arqueólogos del norte de Chile y los de oasis vecinos.

Patricio Nuñez expone que él veía a la SChA desde afuera, como gente que se está juntando para organizar algo que está en el ambiente. Cree que en la actualidad las ideologías no han muerto sino sólo cambiado, evolucionado.

Myriam Tarragó hace recuerdos y reflexiones sobre su primera venida a Chile donde fue acogida en Santiago en la casa de Hans, y de ahí a San Pedro de Atacama, y tuvo su primer encuentro y discusión con Lautaro Núñez, sobre todo acerca de aspectos cronológicos. Se refirió al extraordinario desarrollo que se ha producido en estos 30 años en la arqueología chilena; a partir de ese proceso señalado por Virgilio, y alaba que aquí, al oeste de la Cordillera Andina, se pudo mantener una posibilidad de diálogo con distintas posturas políticas y teóricas. A una pregunta de Lautaro respecto de la antigüedad de la sociedad análoga de Argentina, expresa que allí es mucho más antigua que la nuestra y tiene que ver con Aparicio, con Serrano y otros de los años '40. A partir de 1958 empieza en Argentina un diálogo más general, con participación de gente del interior.

Virgilio Schiappacasse y Jorge Silva se refieren en extenso al aporte de esos primeros años primeros de la arqueología, de la Sociedad Francisco Fonck de Viña del Mar (fundada en 1937), que culminó en 1964 con la organización del III Congreso de Arqueología. En esos años ya se estaba hablando de que los proyectos arqueológicos debieran ser multidisciplinarios, y se manejaban conceptos de excavaciones estratigráficas, estudios de los restos malacológicos en los conchales y todos los restos naturales. En suma, se visualizaba que la investigación debía de ser multidisciplinaria e interdisciplinaria. A partir del Congreso de Viña se perfiló una arqueología mucho más clara y estructurada y acorde a niveles internacionales. Entre los que se formaron en Viña aparece Julio Montané, de tan destacada aunque breve actuación en la arqueología en Chile.

Hace uso de la palabra **Jorge Hidalgo** para agradecer su presencia en la reunión y expresar que a su juicio uno de los aspectos más importantes de la SChA es que ha sido en torno a la arqueología que se ha estructurado todo el

desarrollo antropológico chileno. Expresa también que a pesar de las diferencias ideológicas los arqueólogos por los años '60 tenían en común su negación a la documentación histórica. A su modo de ver, los elementos metodológicos y técnicos que aglutinan a los arqueólogos en esos años son la cronología, el concepto de sitio tipo, la técnica estratigráfica y los equipos interdisciplinarios. Se trata de buscar la evidencia arqueológica pura. Lo corrobora en estas ideas Lautaro Núñez y habla del modelo que significó John Murra en el escenario antropológico de los Andes, generando un espacio en el cual arqueólogos, historiadores y antropólogos pueden hablar de igual a igual.

Victoria Castro interviene para recordar que los trabajos de [Alberto] Rex González, en Intihuasi, proporcionaron un modelo en la visión estratigráfica.

Gonzalo Ampuero dice que va a ser un cronista de los comienzos de la "historia" como testigo y parte, ya que comenzó a estudiar en 1959 junto con otros presentes, en el Instituto Pedagógico, que ofrecía entonces la Carrera de Historia y Geografía. En este sentido Ampuero va a tomar el papel reservado para Mario Orellana que no vino a Punta de Tralca, para hablar sobre el desarrollo inicial de la enseñanza universitaria de la arqueología en Chile. Esa carrera --Historia y Geografía-- era la única posibilidad que había para quien le gustaba la arqueología, aunque ya funcionaba desde hacía algunos años el Centro de Estudios Antropológicos, como instituto de investigación dependiente directamente de la Rectoría de la Universidad de Chile. En Historia y Geografía se daban unos cursos electivos, donde dictaba clases de Antropología Cultural la Dra. Grete Mostny, y también Mario Orellana quien hacía Prehistoria General. La literatura era escasa y casi inaccesible para los estudiantes. La obra de Julio Montané publicada con el auspicio del Museo de La Serena, su Bibliografía Selectiva de Antropología Chilena, de 1965, vino a orientar en gran medida a los estudiosos del área, aparte de que dicho museo nortino contaba con una excelente biblioteca especializada. Relató en seguida sus experiencias al asistir como observador, junto a otros estudiantes, al Congreso de Arqueología de San Pedro de Atacama en enero de 1963. Se advirtió en él que la arqueología "moderna" del momento sólo llegaba hasta el Norte Chico, aunque para el sur se contaba con escritos de Aureliano Oyarzún, Ricardo E. Latham, Tomás Guevara, de las primeras décadas del siglo. Advirtió además que todos los arqueólogos chilenos asistentes eran autodidactas, autoformados, excepto la Dra. Grete Mostny que tenía formación académica europea; pero allí estaban también personajes extranjeros de gran peso académico como era Alberto Rex González. En suma, expresa Ampuero que como estudiantes fueron testigos del nacimiento de la SChA, conocieron a los participantes y regresaron al Pedagógico con una nueva visión.

A una interrogante sobre las técnicas estratigráficas aplicadas en Chile planteada por **Jorge Hidalgo, Gonzalo Ampuero** explica que las primeras excavaciones de esta índole hechas por chilenos y publicadas las realizaron Montané y Niemeyer por los años '60 en Punta Teatinos y en Puerto Aldea, aunque Jorge Silva había estado también excavando con éxito en el litoral central empleando este método.

"Pero ya en el Congreso del año 64 participamos --sigue Ampuero-- como invitados y exponiendo trabajos recién ejecutados en la cuenca del Limarí, con excavaciones estratigráficas". Opinó que a su parecer una de las grandes personas que motivó el estudio de la Arqueología por esos años fue Mario Orellana, a quien considera un gran comunicador. Para él, dentro de su formación, fueron hitos importantes unos cursos que dio en Santiago Percy Dauelsberg sobre la arqueología ariqueña y su tipología y secuencia ceramológica; otros dictados por Julio Montané. Además fueron hitos decisivos conocer visitantes importantes venidos del extranjero, y tener acceso a la conversación con los pocos maestros de entonces. Una idea que Gonzalo expone es que el hecho de haber estudiado la Carrera de Historia y Geografía, fue favorable para los arqueólogos que de ella egresaron. Les daba la visión histórica que les permitía insertar síntesis y entender cuál era el proceso de la prehistoria chilena. Se lamenta sobre la carencia en la enseñanza Básica y Media de una visión de la prehistoria ya que los libros en uso no presentan más de cuatro páginas sobre el tema, aspecto que los arqueólogos no han sido capaces de mejorar hasta hoy.

A continuación interviene **Victoria Castro** para referirse al importante rol que jugaba el Museo Nacional de Historia Natural en la formación de los alumnos por el año 1965, donde ya estaba Julio Montané a cargo de la Sección Antropología y Carlos Urrejola era un entusiasta ayudante de la Dra. Grete Mostny, su Directora. En los años siguientes logra concretarse la Carrera de Arqueología propiamente tal y los alumnos ya no vienen necesariamente de Historia sino de otras carreras universitarias.

José Luis Martínez expresa que esos años a su parecer no eran tan idílicos entre los arqueólogos ni las aguas tan mansas. Había un cambio por el año '70, con profundas discrepancias teóricas, metodológicas y humanas, y dice que le parece interesante saber que pasaba con las "peleas" entremedio de la formación de la arqueología y de los arqueólogos. Gonzalo dice que ese capítulo se puede estudiar en un artículo analítico hasta 1972 que Montané

publicó en un volumen de la revista Rehue donde se puede consultar. Lógicamente las discrepancias eran muchas y se originaban en diferentes motivaciones, de orden académicas, ideológicas, metodológicas o por antipatías personales. La revista es difícil de conseguir porque más del 50% de esa edición fue quemada por los militares.

Silvia Quevedo recuerda que ella y Julie Palma, que venían de Psicología ingresaron a Arqueología sin que existiera esta carrera sino sólo una promesa de un Bachillerato en Arqueología. La visión de Mario Orellana y la fuerza que tenía las hizo sostenerse muchos años, porque la carrera no salía y estudiaban algo que no existía. Sin embargo, el Museo Nacional de Historia Natural en 1965 las acogió como un centro formador, donde estaban Julio Montané y Grete Mostny que las dejaron hacer. Montané era el maestro que les enseñaba los días sábados, supliendo de esa manera la carencia de textos de estudio. El año 1966 marcó un hito para ellas, al asistir al Congreso de Americanistas del Mar del Plata donde conocieron a grandes arqueólogos de la época: Rex González, Luis Lumbreras, Junius Bird. Después vinieron las excavaciones con Montané y Grete en Arica, donde recibieron el apoyo de Oscar Espouey y más tarde, en Punta Teatinos con Hans y Virgilio que les enseñaron rigurosidad en el trabajo.

Lautaro Núñez hace la observación que la Universidad de Chile fue la matriz donde se generó toda la emergencia y desarrollo de la arqueología moderna chilena, y que lamentaba que no estuviera Mario Orellana para felicitarlo personalmente por el hecho que se haya jugado con los alumnos el destino de la docencia en la Universidad y que gracias a su tenacidad logró en los momentos de crisis mantener en pie la disciplina. Aunque la docencia la lleva la Universidad de Chile y sus sedes en el norte, es en la Universidad del Norte donde se inicia un proyecto de mucha importancia de Guacolda Boisset. Ella monta la escuela y es apoyada por un grupo mayor de entusiastas que ejercen la docencia, entre ellos Agustín Llagostera y él mismo. Esa escuela, que sobrevivió a la Dictadura, logró que todos los alumnos se graduaran y constituyeran así la primera generación de arqueólogos del Norte Grande.

Jorge Hidalgo interviene para recordar que a fines de los años '60, cuando él se incorpora a la arqueología, los arqueólogos eran muy amigos; destaca en especial el caso de Montané y Orellana. Y también recuerda la síntesis que Lautaro Núñez hizo en 1965 "Desarrollo cultural prehispánico del norte de Chile", que califica como la gran síntesis que se hace en esos años. Ella refleja los problemas que estaban entonces en el tapete de los arqueólogos: establecer cronologías, áreas ceramológicas, etc. sin que se preocuparan de problemas como la etnicidad, políticos, de clases, entre otros.

A **Hans Niemeyer** le corresponde hablar el otro tema de la agenda, de cómo y quienes hacían la arqueología desde los museos y el rol que jugaban estas instituciones. Advierte que mucho del tema se ha tocado en las conversaciones anteriores. Dice que ha traído la memoria concentrada de lo que hacía en Arica en forma de un libro que empasta los seis boletines impresos en gelatina por cuatro jóvenes amigos ariqueños aficionados a la arqueología: Percy Dauelsberg, Guillermo Focacci, Sergio Chacón y Luis Alvarez. Ellos se abocaron a hacer un *survey* o reconocimiento general y pormenorizado de los cursos medio e inferior de los valles transversales del extremo norte, en la actual provincia de Arica, aparte de la excavación de múltiples cementerios.

Estos trabajos exploratorios les permitieron formular la secuencia cultural de la zona y la definición de tipos cerámicos, que, con ligeras variaciones hasta hoy se mantiene. No hicieron ninguna excavación estratigráfica de sitios habitacionales en esos años. Niemeyer se refiere principalmente a los años de fines del '50 y de la década del '60. Cada joven tenía su actividad particular y hacían esa arqueología en fin de semana con mucho entusiasmo, el mismo que ponían para formar un pequeño museo en la calle Sotomayor, que se llamó Museo Regional de Arica, el que fuera la base del actual Museo de Azapa de la Universidad de Tarapacá. Niemeyer cree que no se ha hecho suficiente justicia con este grupo de investigadores de Arica porque realmente para su tiempo fueron verdaderos pioneros de esta disciplina y los organizadores de ese primer encuentro del año '61, que fue la base para que se continuara con la práctica de los congresos. Pero piensa que Lautaro puede mucho mejor perfeccionar las ideas sobre la investigación en esta área, quien, como se sabe, hizo después una obra gigante en Tarapacá.

Después Niemeyer se refiere al núcleo de investigación en torno al Museo Arqueológico de La Serena, al cual adhirió como colaborador, primero con don Francisco Cornely y después con Jorge Iribarren Charlín. Al señor Cornely lo conoció cuando ya era viejito, cuando tenía sobre 70 a 75 años. Iban a realizar en conjunto una excursión arqueológica al río de Los Choros que nunca se materializó. El había hecho cuando más joven una labor pionera en el valle de Elqui en lo que se refiere a excavación de cementerios, y también en la costa de Atacama. Hizo a esa costa varias excursiones en bote, incluso pasando muchas peripecias. Era un maestro del relato y su crónica es digna de ser mencionada casi como una obra literaria. El valle de Elqui lo exploró a pie y a caballo, hasta rincones bastante

alejados a los cuales alcanzaba el vehículo. También excursionó en el valle del Huasco hasta Conai por el río El Tránsito; esa labor pionera fue vertida en los boletines que también están aquí empastados. Eran, primero, los números del *Boletín de la Sociedad Arqueológica de La Serena*, particularmente los primeros editados por el propio don Francisco; después se llamó *Boletín de la Sociedad Arqueológica y del Museo de La Serena* y al final la Sociedad Arqueológica fue eliminada y quedó la publicación como *Boletín del Museo Arqueológico de La Serena*. Lo que se publicaba en arqueología de ese tiempo eran más bien descripciones sobre piezas cerámicas y otros objetos como espátulas, piedras que parecían interesantes, pero también algún sitio arqueológico. Las grandes excavaciones como las del cementerio del Olivar no fueron publicadas tumba por tumba con sus contextos asociados, aunque por lo que he oído, parece que en el cuaderno de campo de Cornely sí tenía este detalle. Cornely adaptó la cronología y secuencia de la cultura Diaguita con sus propias experiencias, pero se basó en las proposiciones de Ricardo Latcham, quien, a su vez, se había basado en la formulada por Max Uhle para el Norte Grande.

Cornely fundó en 1943 el Museo que en forma modesta funcionó al amparo de la Municipalidad de La Serena. En 1953 se trasladó al actual edificio de calle Cordovez con Cienfuegos construido con el Plan Serena que impulsaba el Presidente Gabriel González Videla. En esa búsqueda incesante de los cementerios Diaguitas del Elqui, en 1938 descubrió otros cementerios muy diferentes a los por él conocidos, con una ergología muy distinta a la Diaguita. Tuvo de consejero a don Ricardo Latcham, a la sazón Director del Museo Nacional de Historia Natural en Santiago. Surgió así la cultura El Molle, hoy llamado complejo El Molle por su extensión a otras áreas del Norte Chico, con connotaciones propias hacia el norte y hacia el sur. El sitio original quedaba cerca del pueblo elquino de El Molle, a 40 km de La Serena.

El año que el Museo ocupó su nueva sede entró como funcionario Jorge Iribarren Charlín, quien asumió el cargo de Director cuando don Francisco se acogió a retiro. Antes de retirarse don Francisco dejó una magnífica herencia en un libro publicado en 1956 llamado *Cultura Diaguita y Cultura El Molle*, en el cual vierte todas sus experiencias acumuladas en más de 30 años.

Don Jorge le dio un tremendo impulso a este Museo, que ya había pasado a depender de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos; no sólo en el campo de la arqueología sino que a todos los aspectos culturales en La Serena. Se convirtió así en un centro de irradiación de cultura. Iribarren en materia de arqueología continuó con investigaciones previas que había hecho en su juventud en el valle del Hurtado desde la hacienda El Bosque. Allí también había iniciado investigaciones sobre el folkore, materia para la cual tenía aptitudes especiales. Ya en La Serena, expandió su radio de acción a otras áreas del Norte Chico, llegando a hacer reconocimientos superficiales en el curso medio e inferior de varios valles. Así, fueron objeto de recorridos el Copiapó, el Huasco, varios afluentes del Limarí hasta el Illapel y el Choapa. En los últimos años de la década del '50 tuvo la visión de contratar como arqueólogo para el Museo a Julio Montané, quien vino a impulsar decididamente la investigación. En efecto, Julio Montané realizó algunas excavaciones que fueron claves para demostrar la secuencia de la cultura Diaguita. Así, excavó en Punta Teatinos, en Puerto Aldea con Niemeyer, y posteriormente en Punta de Piedra, sin conseguir concretar esta última en una publicación.

Iribarren, sobre todo en la primera mitad de su mandato, logró incrementar considerablemente las colecciones del Museo, particularmente las del complejo El Molle, con la inyección de las excavaciones en La Turquía y en otros lugares del valle del Hurtado. Allí había otra gente que excavaba, pero don Jorge se hizo presente muchas veces rescatando la información científica y los objetos prehistóricos.

El otro foco en el Norte Grande estaba en San Pedro de Atacama, donde el R.P. Gustavo Le Paige trabajaba solo afanosamente en arqueología, al mismo tiempo que con sus manos iba formando el Museo. En esto posteriormente tuvo la colaboración de Chuquicamata y mayormente el respaldo de la Universidad del Norte, institución que finalmente se hizo cargo de su mantención. Descubrió varias industrias líticas en superficie e hizo una tipología y cronología en base a la morfología de los materiales. Excavó innumerables cementerios rescatando un gran número de momias y utensilios que fue acumulando en el interior del Museo. El P. Le Paige no tenía formación sistemática en estas materias; no creía en la sistematización, pero sí tenía una inteligencia clara y una gran visión para darse cuenta de muchos aspectos del pasado. Desgraciadamente, al menos en esos primeros años, nunca quiso a su lado un ayudante letrado. Apoyó el Congreso de 1963, en San Pedro de Atacama, que salió adelante con el empuje de su Secretario General Mario Orellana.

A raíz de ese Congreso consiguió que se construyera la Hostería de San Pedro. Así pudieron llegar a la zona, atraídos por las acciones de este sacerdote, los ministros de Relaciones Exteriores y de Obras Públicas, en la época de la

presidencia de Jorge Alessandri y así pudieron abordar serios problemas que aquejaban al oasis. Uno de estos logros importantes fue la construcción de una red de canales revestidos que reemplazaron a los viejos canales abiertos en las arenas, salvando los años de sequía que atentaban contra la agricultura. Sin esa red la escasa agua que traían los ríos San Pedro y Vilama no habría alcanzado a los *ayllos* más lejanos, sumiéndose antes en las arenas del abanico aluvial. Era su preocupación que la zona no se deshabitara. Con el tiempo y casi a las finales, permitió que otra gente estuviera a su lado, como George Serracino y Lautaro Núñez.

Como todos saben, el año 1954 se crea bajo el alero de la Universidad de Chile, en Santiago, el Centro de Estudios Antropológicos (CEA), que ciertamente constituye el primer embrión de enseñanza universitaria en esta disciplina. Bajo la conducción de Richard Schaedel, antropólogo norteamericano, se realizaron varias expediciones científicas, entre ellas una muy importante al norte del país. Sus resultados fueron publicados oportunamente. De este núcleo salieron antropólogos que tuvieron posteriormente una decisiva gravitación en la disciplina: Carlos Munizaga y su sobrino Juan Munizaga, Alberto Medina, Jorge Kaltwasser, entre otros.

Aparte del CEA, el foco más importante en la arqueología en la zona central era la Sociedad Francisco Fonck de Viña del Mar, que sirvió de escuela experimental a arqueólogos que alcanzaron un alto grado de eficiencia. De ella salieron Gonzalo Figueroa, especialista en Isla de Pascua; Jorge Silva, Virgilio Schiappacasse, Julio Montané y creemos que hay que nombrar también al Dr. Roberto Gajardo Tobar, que si bien era más coleccionista, supo reunir a su alrededor a esta pléyade de arqueólogos incipientes. Ellos dedicaron esfuerzos a ejecutar excavaciones en conchales de la costa de Valparaíso, de carácter estratigráfico.

Jorge Hidalgo agrega unos comentarios respecto al P. Le Paige, para referirse a la defensa que en la reunión del '61 hace del empleo de los trabajos etnográficos para la interpretación de los restos arqueológicos, adelantándose a prácticas que hoy están muy en boga.

Mauricio Massone se refiere a los trabajos sistemáticos en el extremo sur de Chile, recordando que Junius Bird empieza sus estudios estratigráficos en 1932-33 en Navarino, y en los años siguientes hace aportes importantes en Cañadón La Leona, Cueva de Fell y Palliaike, los que serán trabajos fundamentales para el estudio de los cazadores terrestres y de los canoeros en la décadas posteriores. También menciona los trabajos en la década del '50 y '60 de la misión francesa, con Joseph y Annette Emperaire, junto a otros. Joseph Emperaire trabaja en Englenfield y en Ponsonby, donde muere a causa de un derrumbe de una trinchera. Annette en la década de los '60 excava en bahía Muniçión y en el abrigo Marazzi, en Tierra del Fuego.

Eliana Durán interviene para recordar los trabajos que el Museo Nacional de Historia Natural realizó bajo la dirección de Julio Montané en Tagua Tagua a fines de la década del '60, en un proyecto interdisciplinario en que ella participó y que dio como fruto el descubrimiento fehaciente de un yacimiento paleoindio asociado a megafauna extinta y que sirvió de guía a otros realizados en 1990.

Oscar Espoueys se refiere nuevamente a la labor del Grupo Arica encabezado por Percy, y a la formación del Museo Regional a costa sólo del bolsillo de Percy y al entusiasmo de los otros constituyentes del grupo. Espouey se acercó a este grupo, especialmente a Guillermo Focacci, quien le ayudó eficazmente a formar su colección para salvar material que estaba siendo objeto de depredaciones, ya que no había un cerámico más en el Museo de calle Sotomayor.

Jorge Hidalgo dice que le gustaría escuchar de Lautaro Núñez algún comentario de los trabajos que efectuaron Niemeyer y Schiappacasse dentro de la década del '60 en el Norte Grande. Quedó para más adelante.

Carlos Aldunate hace uso de la palabra para expresar que quiere rescatar la invitación que hizo la Universidad de Chile al Dr. Osvaldo Menghin por los años cincuenta y tanto, a quien se debe la publicación del primer estudio sistemático de prehistoria de la zona Centro-Sur, cuyas bases fundamentales se mantienen prácticamente intactas hasta el día de hoy. Además, es bueno considerar los trabajos arqueológicos que emprende Dillinan Bullock en el Museo El Vergel, de Angol para esa misma gran área.

Myriam Tarragó agrega sobre el R.P. Le Paige, que desde el punto de vista teórico tenía un enfoque evolucionista, novedoso para ese momento y que en cierto modo hacía una estatigrafía inconsciente al excavar cementerios y anotar superposiciones de tumbas. A propósito del contacto que tuvo con él, dice que la dejó trabajar en San Pedro con absoluta libertad, sin interferir en su trabajo, actitud que valoriza como una postura científica frente al conocimiento. Por otra parte, tenía muy en claro la protección del patrimonio cultural. En efecto, se negó a que saliera una sola

pieza de San Pedro. En ese año que ella estuvo estudiando sus colecciones en San Pedro, el P. Le Paige fue un defensor acérrimo de no permitir que la población fuera trasladada de la zona, como alguien sugería, demostrando una gran sensibilidad social.

Andrea Seelenfreund quiso hacer la reflexión que la Isla de Pascua había quedado olvidada de este recuento, así como también el P. Sebastián Englert, quién formó y sentó las bases de la arqueología en la isla, sin olvidar a Mulloy y a Gonzalo Figueroa, quienes incentivaron a otro grupo de personas para que fueran sus continuadores. Hoy hay un grupo grande de gente trabajando en la isla.

En esa recuperación de la memoria, **Eugenio Aspillaga** quiere rescatar la de dos investigadores del Centro de Estudios Antropológicos que pasaron a ser profesores en el Departamento de Antropología. Por una parte, Juan Munizaga, quien no siendo arqueólogo, medió entre éstos con sus determinaciones bioantropológicas y contribuyó a enriquecer la discusión arqueológica. La segunda persona es Alberto Medina R., que aunque tiene una obra escrita pequeña, realizó trabajos en el sur en la década de los '60, dejando a varios discípulos tras su huella. No hay que olvidar su papel protagónico en el rescate de la Momia del Cerro El Plomo, en los años '50.

Gastón Castillo trata de rescatar el rol desempeñado en el pasado por el Dr. Aureliano Oyarzún y Ana Shepard. Liliana Ulloa, a su vez, recuerda el trabajo de Max Uhle con su publicación sobre Tacna y Arica de principios del siglo.

Donald Jackson señala que tiene la impresión que en la década de los '60, se inician los trabajos sistemáticos en Chile central con las prospecciones y excavaciones de Bernardo Berdichewsky, los trabajos estratigráficos de Jorge Silva en Los Alacranes y sus planteamientos sobre secuencias crono-estratigráficas. Además señala que uno de los trabajos que más le han impresionado es la publicación sobre Guanaqueros de Schiappacasse y Niemeyer; piensa que es una de las primeras monografías de sitio donde se describe en forma exhaustiva la estratigrafía, los materiales con una tipología fina, además de un plano topográfico zonal con la localización de todos los innumerables morteros en roca de la localidad.

Hans Niemeyer hizo uso de la palabra para disculparse ante Gonzalo [Ampuero] por no haberlo considerado en su recuento al referirse al Museo Arqueológico de La Serena, ya que manifestó tener gran respeto por sus trabajos como esos pioneros de la década de los años '60, tales como la Cueva de Punta Colorada, los trabajos ejemplares en el alero de San Pedro de Pichasca, y del valle del Encanto, en coautoría con Mario Rivera. Dijo que no había que olvidar los trabajos de Grete Mostny en Guatacondo, en la aldea temprana, y toda esa complejidad de sitios vecinos, donde él la acompañó en la primera campaña. Contestando la alusión de Hidalgo, expresa que en realidad el trabajo hecho en el valle de Canarones fue bastante exhaustivo y sistemático y aún no se termina. Ya en 1958 Niemeyer había excavado un cementerio inkaico en el tablazo norte frente a la hacienda. En 1962 hicieron excavaciones en la Terraza oeste de Conanoxa, en sitios de la cultura de este nombre descubierta por Niemeyer el año anterior. Posteriormente hicieron un reconocimiento a caballo de todo el valle, en el cual descubrieron un gran número de sitios de importancia como poblados, pukaras que más tarde fueron levantados topográficamente y excavados, de tal manera que les permitió elaborar un trabajo de síntesis sobre los padrones de poblamiento en que formularon una imbricación cultural de pueblos de la cultura Arica y colonias altiplánicas. Realizaron hasta 1989 más de 25 expediciones al valle. Estas eran al comienzo costeadas de su propio pecunio y después, años más tarde, contaron con el apoyo de la Universidad de Tarapacá.

A continuación **Lautaro Núñez** hace una larga disertación para hacer un seguimiento de la arqueología del Norte Grande, desde un punto de vista teórico y metodológico y especialmente poner énfasis en la evolución institucional de todos los eventos que sucedieron antes de los '70. Aparte de referirse a algunas antiguas colecciones existentes en Iquique, Arica y Calama, dice que hay que focalizar tres sectores específicos de trabajos en el norte. El primero es el equipo de Percy en Arica, que hace las primeras estratigrafías horizontales en los valles de Arica, mediante *surveys* que permitieron proponer una secuencia que en líneas generales se mantiene. Reconoce el esfuerzo por publicar (en un momento en que no había revistas especializadas) en aquel sistema de gelatina y recuerda, a este propósito, que Hans estaba metiendo como de zapa trabajos arqueológicos en la *Revista Universitaria*, que por esos años era la expresión de la Academia Chilena de Ciencias Naturales, en la cual era Secretario. También el *Boletín de la Universidad de Chile* recogía trabajos pioneros. Surgía así cada vez con más apremio la necesidad de que cada grupo de trabajo generara sus propias publicaciones. Y surgieron los órganos de expresión que todavía se mantienen: *Chungará* y *Estudios Atacameños*; también se publicaba *Estudios Arqueológicos* de la Universidad de Chile, Antofagasta, entre otros.

Otro aspecto que va a caracterizar a este período es lo que podríamos llamar el movimiento de museos del Norte Grande, como una manera de contrarrestar la acción de todas las expediciones que saliendo de Santiago iban a excavar al norte, se llevaban todo el material a Santiago, a los museos consagrados. Con este afán, Percy [Daubersberg] y amigos crearon el pequeño Museo Arqueológico de Arica cuyas colecciones pasaron años después a Azapa, a la Universidad del Norte (hoy Universidad de Tarapacá). El P. Le Paige por su parte crea el Museo de San Pedro de Atacama que luego recibiría el patrocinio de la Universidad del Norte, de Antofagasta, en 1957. Pero así y todo muchas colecciones fueron robadas y se perdieron para siempre.

Lautaro Núñez concuerda que uno de los aspectos negativos del período fue la alta dispersión de los materiales excavados, que confirmaba la necesidad de creación de museos locales. Mucho más tarde surgió la necesidad de la conservación monumental arquitectónica, para lo cual se requirirían 50 Eduardo Muñoz sólo para el norte del país.

Con respecto al P. Le Paige, ya se pueden dar juicios porque se tiene una proyección suficiente. En ese tiempo --años 60-- se debatía sobre las secuencias líticas y antigüedad de las industrias descubiertas por el P. Le Paige, pero no tenían apoyo científico puesto que eran colecciones superficiales. Hoy se sabe que esas industrias antiguas no sobrepasan los 11.000 años y que también las hay que llegan hasta los 2000 años AC. Respecto a los grandes lagos que él había inventado en un paleoambiente, tampoco es válido antes de los 11 mil años. Pero la cantidad de propuestas del Padre: una cerámica antigua de 1200 AC.; continuidad cultural, ya que desde los 5000 años hasta ahora no hay *hiatus*; una agricultura y ganadería antigua, domesticación probada. De las 30 propuestas del Padre, 28 están probadas. Dice que el Padre tenía sus sistemas de registro manuscritos que constituye un corpus de mucho volumen e importancia para cualquier investigación. El Padre estaba deseoso de encontrarlo todo y excavarlo todo, pero felizmente se orientó sólo a la fúnebría dejando intactas, consciente o inconscientemente, para los arqueólogos venideros las aldeas o poblados.

Reflexiona a continuación, que siendo el P. Le Paige un etnógrafo de calidad con 18 años en la Misión de Negui, en Africa y que publicó por lo menos cuatro visitas memorables y premiadas, y que jamás excavó en Africa ¿por qué no hizo etnografía en los oasis de San Pedro de Atacama?. La explicación que "inventa" Lautaro respecto a esto es que la pauperización de la población atacameña al lado de los príncipes étnicos con plumas de colores, no le incita a hacer etnografía después de los brillantes 18 años vividos en Negui. En cambio toda la solicitud está por el lado de la arqueología: tumbas, petroglifos, aldeas le hablan de hacer este trabajo al cual se dedicó con verdadero ahínco.

Prosigue Lautaro. Recuerda a Zulema Seguel como un tema casi olvidado. Cuando están sucediendo todas esas cosas, ella está en Francia y excava con los mejores arqueólogos franceses. Es una de las arqueólogas más educadas de este país y gracias a ello pudo hacer una gran labor en Concepción aunque la Dictadura segó prematuramente su carrera. Deberá estar entre los pioneros cuando se plantee la parte Centro-Sur de Chile.

Lautaro a continuación se refiere a los trabajos de Hans Niemeyer y Virgilio Schiappacasse. Reconoce en este último una gran inteligencia ya que puede leer a la vez lo que está sucediendo en el mundo y aquí, y pensar en todo, conciliando teoría y praxis como ninguno otro sabe hacerlo. Reconoce que también fue un producto de su inteligencia haberse aliado con Niemeyer para constituir una pareja de trabajo perfecta que ha dado ejemplo de complementariedad en la arqueología chilena. Las experiencias de estos colegas están dadas en tres áreas específicas. El valle de Camarones, y dentro de Camarones, Conanoxa; Meniques y Miscanti en la puna de Antofagasta. A Conanoxa, Lautaro le da máxima importancia ya que por primera vez en esa publicación se hablaba de un Arcaico al interior de la costa. La monografía que originó esa investigación impresionó por su madurez. Sirvió para que los investigadores de esas áreas abrieran los ojos. Surgieron así sitios como Tiliviche y Jazpampa trabajado este último por Patricio Núñez. En el interior del valle de Camarones, Niemeyer y Schiappacasse estudian asentamientos y poblados en que se logra conciliar el dato arqueológico con las propuestas de desplazamiento de gentes. Piensa en las premisas de Mufra y de otros para una ocupación multiétnica en un territorio con datos arqueológicos concretos, lo que le parece de extraordinaria importancia desde el punto de vista teórico. Las secuencias son así plurilineales y muestran cómo las gentes están interactuando, sin necesidad de ser parte de un mismo paquete cultural. El tercer ejemplo es el trabajo de los sitios Meniques y Miscanti, descubiertos por Niemeyer en 1961 y excavados por ambos en 1966, donde hacen por primera vez la exploración de un par de yacimientos de la puna antofagastina con espesor de ocupación, iluminando una problemática que fue ejemplo para muchos de los investigadores de esa área.

Gastón Castillo se une a los conceptos de Donald Jackson respecto a los trabajos de Niemeyer y Schiappacasse en los conchales de la costa de Coquimbo y señala el aporte del estudio del sitio El Pimiento, que califica de pionero debido a la novedad de establecer análisis cuantitativo del contenido del conchal.

Jorge Hidalgo hace un par de observaciones a las interrogantes de Lautaro respecto a por qué Le Paige no hizo etnografía en San Pedro si la había hecho en Africa, aunque en 1963 citaba ejemplos africanos para explicar situaciones de San Pedro. A modo de sugerencia, piensa que es probable que no quisiera practicar etnografía nunca más después de experiencias traumáticas que tuvo que afrontar. Dice que el P. Le Paige contaba que efectuó en Africa matrimonios entre quienes, en el sistema de parentesco africano, no eran parientes, pero que dentro del sistema cristiano occidental, si lo eran. Quizás estas dificultades lo hizo buscar en la arqueología una manera de no tener problemas.

A propósito de los museos locales, Hidalgo hace hincapié en el esfuerzo que desplegaron personas como Liliana Ulloa y Guillermo Focacci por mantener esas instituciones. Opina que a él le parece que es a Guillermo Focacci a quien se le debiera ofrecer un homenaje en el próximo Congreso de Arqueología. Y agregó que no había que olvidar los aportes de Victoria Castro y de Patricio Núñez en la década de los años '60. Recordó que Lautaro Núñez fue una fuente de inspiración y para mucha gente ejerció una enorme influencia con sus conferencias en las reuniones de arqueología y su voluntad de promoverla y entusiasmar a generaciones de gentes en este trabajo.

Pilar Rivas opina que el desorden de los museos no se debe sólo a cambios físicos o a cambios políticos y cree que muchas veces la falta de acceso a ellos hace que se dispersen las colecciones regionales, y que hay muchos investigadores que temen no tener acceso a los materiales que ellos mismos han trabajado.

Luis Cornejo, cree que la generación de los '60 es formadora y cita como ejemplos a Niemeyer con sus clases, al Dr. Schiappacasse con conversaciones y discusiones en las Jornadas de Arqueología y Ciencias, y el apoyo que les brindaba Juan Muñizaga. Al mismo tiempo se quejó que para la generación de los '80 no hay espacios de investigación al norte del Choapa, es decir, a las áreas tradicionales de la arqueología chilena. Considera estas circunstancias como una deuda de la generación del '60. Otra deuda tal vez más grande de esa generación o de antes es todo aquello que se ha excavado y no publicado, siendo enorme la cantidad de sitios estudiados sobre los cuales apenas hay alguna nota preliminar o ninguna. Los materiales muchas veces se han perdido especialmente por robos en los museos.

Ana María Barón adhiere a lo expuesto por Cornejo y quiso hacer un aporte concreto sobre el P. Le Paige, quien dejó los sitios habitacionales expresamente para las generaciones de futuros arqueólogos. El caso más evidente es la aldea de Tular. El se dedicó a trabajar los cementerios. Piensa que Le Paige es su maestro en cuanto al desarrollo de los pueblos atacameños de hoy día. Sin él, San Pedro de Atacama sería un pueblo abandonado.

Virgilio Schiappacasse contesta a Cornejo en nombre de la generación de los '60. Reconoce que muchos tienen esa gran deuda, de terminar como se pueda las descripciones de los sitios que alteraron. Y la segunda cuestión referente a las áreas de trabajo, explica que la arqueología que hacían los no arqueólogos profesionales, dependía mucho de las circunstancias favorables del momento. El personalmente se inició en arqueología en Salinas, Ritoque, Ventana, Papudo, incluso Cahuil y que las intenciones de ir a Puerto Saavedra se malograron por el gran maremoto de 1960. En ese momento Hans lo invitó a excavar los sitios de Conanoxa que él había descubierto en 1961. A Hans le favorecía el hecho que estaba trabajando esporádicamente en el extremo norte como consultor de la Dirección de Riego y había hecho excavaciones en Camarones. Además, tenían buena llegada con la Junta de Adelanto de Arica, de manera que se fueron combinando circunstancias para quedarse enquistado en ese valle. La otra observación es para referirse a la generosidad de Lautaro y la labor que ha hecho. Virgilio dice que él siempre había visto los sitios más desde el punto de vista de las ciencias naturales que de una ciencia social. Pero leyendo a Lautaro, los materiales rescatados de las excavaciones poco a poco comenzaron a cobrar vida, y detrás de esos objetos se comienza a ver al hombre, a la persona, a una sociedad que está viviendo e interactuando.